

Reflexiones en la guerra

Thomas Mann

En el uso de los términos «cultura» y «civilización» impera, particularmente en la prensa diaria –y tanto en la nacional como en la extranjera–, una gran imprecisión y arbitrariedad. Con frecuencia da la sensación de que se los toma, sencillamente, por palabras del mismo significado, y con frecuencia parece también que se considera que la primera es una intensificación de la segunda o también lo contrario, pero no se desvela qué cualidades se atribuyen en realidad al más elevado y noble de ambos términos. Personalmente me he explicado estos conceptos de la forma siguiente.

Civilización y cultura no solo no son una y la misma cosa, sino que son anti-téticas, no son más que una de las numerosas manifestaciones de la eterna contradicción universal y oposición del espíritu y la naturaleza. Nadie negará que, por ejemplo, México poseía cultura en los tiempos del descubrimiento, pero nadie afirmará que en aquel momento era civilizado. Es evidente que la cultura no es lo contrario a la barbarie; lo que sucede con bastante más frecuencia es que se trata de un estado de salvajismo depurado y, de entre todos los pueblos de la antigüedad, tal vez solo eran civilizados los chinos. La cultura es unidad, estilo, forma, actitud, buen gusto, es una cierta organización espiritual del mundo por muy descabellada, grotesca, salvaje, sanguinaria y terrible que pueda ser. La cultura puede abarcar los oráculos, la magia, la pederastia, Huitzilopochtli, los sacrificios humanos, formas culturales orgiásticas, la Inquisición, los autos de fe, el baile de San Vito, los procesos por brujería, un auge del envenenamiento y los horrores más variopintos. Por contra, la civilización es racionalidad, ilustración, pacificación, moralización, escepticismo, desintegración: espíritu. Sí, el espíritu es civil, es burgués: es el enemigo juramentado de los impulsos, de las pasiones, es anti-demoníaco, antiheroico, y no es más que un contrasentido aparente afirmar que también es anti-genial.

El genio, concretamente bajo la forma del talento artístico, es posible que posea el espíritu y la ambición del espíritu, es posible que crea beneficiarse mediante el espíritu y la dignidad y que se sirva de ello en beneficio propio para adornarse e influir –eso no cambia en nada el hecho de que, por su esencia y origen, se sitúe completamente en la otra parte– es la emanación de un mundo más profundo, más oscuro y ardiente a cuya transfiguración y represión estilística

llamamos cultura. Y, sin embargo, la confusión de lo espiritual, lo intelectual, lo sensual, incluso de lo ingenioso con lo genial es moderna; todos nosotros tendemos a hacerlo. Pero no deja de ser un error. Turgeniev expresó en cierta ocasión de manera divertida y sencilla hasta qué punto la relación que une el espíritu y la cultura es la irrelevancia cuando presenta a un periodista cualquiera respondiendo a la carta de un escritor diletante. «Tiene usted mucho espíritu, pero no tiene talento. Y la literatura no requiere más que talento.»

El arte, como toda cultura, es la sublimación de lo demoníaco. Su cultivo es más duro que la moral, su sabiduría más profunda que la ilustración, su libertad e irresponsabilidad más libres que el escepticismo, su conocimiento no es ciencia, sino sensualidad y mística. Pues la sensualidad es de esencia mística, como todo lo natural.

Goethe, cuya investigación de la naturaleza definió Helmholtz como «intuiciones científico-naturales», percibió de alguna forma místico-natural de noche en su dormitorio de Weimar el terremoto de Messina. «Escuchad, ¡Goethe fantasea!» dijeron las damas de la corte cuando éste divulgó su saber demoníaco y trató de presentarlo como fruto de la observación y la deducción. Pero al cabo de varios días llegó la noticia de la catástrofe. Este alemán, el más demoníaco, y el más cultivado hijo de la naturaleza que existió nunca, se vio forzado a distanciarse de la Revolución Francesa no sólo por su sentido del orden, sino sobre todo porque ésta era por entero obra del espíritu civilizado.

¿Y, entonces, el arte? ¿Es una cuestión propia de la civilización o de la cultura? No dudaremos al responder. El arte está muy lejos de sentir interés íntimo por el progreso y la ilustración, por el bienestar del contrato social, por la civilización de la humanidad, en suma. Su humanidad es radicalmente de naturaleza no política, su crecimiento, independiente de las formas sociales y estatales. El fanatismo y la superstición no han dificultado su florecimiento, si es que no lo han favorecido, y no cabe duda de que se encuentra más a gusto y en confianza con las pasiones y la naturaleza que con la razón y el espíritu. Cuando se manifiesta de forma revolucionaria lo hace de una manera elemental, no en el sentido del progreso. Es una fuerza conservadora y modeladora, no desintegradora. El arte ha sido honrado mientras se le consideró emparentado con la religión y el amor físico. Pero también podemos colocarlo junto a otra de las fuerzas elementales y profundas de la vida que de nuevo sacude nuestro territorio y todos nuestros corazones: me refiero a la guerra.

¿Acaso no se trata de relaciones totalmente alegóricas las que vinculan al arte con la guerra? Por lo menos a mí siempre me ha parecido que no es el peor de los artistas aquel que se reconoce en la imagen del soldado. Ese principio victorioso y guerrero del momento: la organización –ese principio es el primero, es la esencia del arte. La interrelación entre entusiasmo y orden; lo sistemático; los fundamentos estratégicos de la creación, seguir construyendo y abrirse paso hacia adelante «manteniendo contacto con la retaguardia»; solidez, exactitud, cau-

tela; arrojo, firmeza para soportar las fatigas y derrotas, luchando contra la tenaz resistencia de la materia; desprecio de todo aquello que se considera «seguridad» en la vida burguesa (la «seguridad» es el concepto preferido y la mayor de las exigencias del burgués), la adaptación a una vida arriesgada, tensa, vigilante; falta de indulgencia con uno mismo, radicalismo moral, abnegación hasta el extremo, martirio, entrega total de todas las fuerzas fundamentales del alma y el cuerpo, sin lo cual parece ridículo emprender nada; como expresión de la disciplina y el honor por fin un sentido por lo ornamental, lo brillante: todo eso es en la práctica militarista y artístico al mismo tiempo. Con mucha razón se ha dicho que el arte es una guerra, un combate agotador: mucho mejor le sienta la más alemana de las palabras, la palabra «servicio», y es que el servicio del artista está mucho más cerca del propio del soldado que del propio del sacerdote. La antítesis de artista y burgués, tan gustosamente cultivada por la literatura, ha sido considerada una herencia romántica – de una forma no del todo inteligente, me parece a mí. Pues la oposición a la que nos referimos no es la del burgués frente al bohemio, sino más bien la del civil frente al soldado. ¡Cómo se encendieron en llamas los corazones de los poetas de inmediato cuando empezó la guerra! Y ellos habían creído amar la paz, la habían amado realmente, cada cual según su condición humana, el uno desde su carácter campesino, el otro por mansedumbre y educación alemana. Pero ahora rivalizaban en cantar a la guerra, llenos de júbilo, con gritos de alegría surgidos de los más hondo –como si a ellos y al pueblo, cuya voz representan, no pudiera haberles ocurrido nada mejor, más bello, más dichoso que el hecho de que una desesperada y prepotente eclosión de animosidad se levantara por fin contra este pueblo y de que también el más egregio y famoso entre ellos expresara de corazón su agradecimiento y vítores a la guerra de forma no menos auténtica que ese valiente que comenzaba su vigoroso cántico en un periódico con la exclamación: «¡Me siento como si hubiera nacido de nuevo!»

Sería frívolo y del todo ilícito interpretar esta actitud de los poetas, ni siquiera en los casos más humildes y modestos, como curiosidad, deseo de aventuras y simple deseo de emoción. Tampoco fueron nunca patriotas como los que gritan hurras ni «imperialistas» porque tampoco suelen ser políticos –raramente hacia el exterior y casi nunca hacia el interior–, de modo que tampoco los milagros y paradojas que la guerra hizo brotar de inmediato en el país: la colaboración fraternal entre socialdemócratas y autoridades militares, por ejemplo, o esa fantástica novedad de la situación interna que llevó a un literato radical a exclamar con entusiasmo: «¡Alemania ha llegado a ser libre bajo la dictadura militar!» –de modo que todo eso tampoco sonó como música a los oídos de los poetas. Pero, si bien no son políticos, hay otra cosa que siempre han sido: son moralistas. Pues la política es un asunto de la razón, de la democracia y de la civilización; pero la moral es un asunto de la cultura y del alma.

¡Recordemos los comienzos –aquel día primero que no debemos olvidar cuando irrumpió lo tremendo, lo que ya se consideraba imposible! Nosotros no

habíamos creído en la guerra, nuestra visión política no había bastado para reconocer la necesidad de la catástrofe europea. Pero en tanto que seres morales –sí, en tanto que tales habíamos visto venir esa aflicción, más aún, de alguna manera la habíamos añorado; habíamos sentido en lo más hondo del corazón que el mundo, que nuestro mundo no podía continuar así. Y es que lo conocíamos, conocíamos ese mundo de la paz y de la decencia de canchán –mejor, dolorosamente mucho mejor que los hombres cuya terrible misión, que superaba con mucho su grandeza personal, era desatar la conflagración: con nuestros nervios, nuestra alma, habíamos sido capaces de sufrir en ese mundo más profundamente que ellos. ¡Mundo espantoso, que ya no existe –o que ya no volverá cuando la gran tormenta haya pasado! ¿Acaso no rebosaba de sabandijas del espíritu como de gusanos? ¿Acaso no fermentaba y apestaba por culpa de las materias descompuestas de la civilización? Si al menos hubiera sido anarquista, carente de brújula y fe, si se hubiera limitado a ser mercantil y lobuno, se le podría perdonar. Pero el abuso lúbrico precisamente de esas resistencias y medios de desinfección que trataba de sacar de sí mismo lo convirtió en algo del todo abominable. Se había puesto en marcha o se preparaba una reacción ética, un volver-a-reafirmarse moral; una nueva voluntad de echar en cara lo reprochado, de mirar con simpatía el abismo, una voluntad de rectitud, de pureza y firmeza intentaba tomar forma: razón suficiente para que toda aquella espabilada chusma proclamara justamente que todo eso era la última novedad y decidiera oportunamente ocuparse de ello. El grado más extremo de confusión: la moral se había convertido en la técnica de juego de la corrupción. La decencia se convertía en algo irrelevante e imposible, los miserables aparentaban moralidad y, mientras que el perverso de espíritu representaba lo bueno, hasta convertirlo en un horror, los buenos salían en defensa de lo malo por inseguridad y confusión. ¿Sería mucho decir que ya no existía criterio alguno para lo auténtico, ni valor ni posibilidad de condena, que literalmente nadie sabía qué hacer? ¿Dignidad? No era más que estafa y esnobismo. ¿Infamia? Pero tenía talento; y además, daba a entender que era una víctima, una forma sucia y sangrienta de la generosidad misma, y se abanicaba llena de vanidad ante el aplauso de aquellos que sólo conocen una preocupación: no dejar pasar la ocasión. ¡Cómo habría podido no alabar a Dios el artista, el soldado que hay en el artista por la desintegración de un mundo en paz del que estaba tan harto, tan radicalmente harto!

¡La guerra! Lo que sentíamos era purificación, liberación y una inmensa esperanza. De eso hablaban los poetas, sólo de eso. ¿Qué les importa el imperio, qué la hegemonía comercial y qué, en el fondo, la victoria? Nuestras victorias, las victorias de Alemania – aunque provoquen lágrimas en los ojos y no nos dejen dormir de noche de felicidad, pese a ello, nadie las ha cantado hasta ahora, repárese en que no existía ningún himno a la victoria. Lo que entusiasmaba a los poetas era la guerra por sí misma, como castigo, como necesidad moral. Se trataba de la unión jamás vista, la violenta y anhelada unión de la nación dis-

puesta para la más honda de las pruebas –una disposición, una radical tenacidad desconocida hasta entonces en la historia de los pueblos. Todo odio interior que el confort de la paz había convertido en venenoso– ¿dónde estaba ahora? Cobraba vida una utopía de la desgracia.... «Puesto que estamos rodeados, puesto que nuestra diligencia económica se verá dificultada por la disminución de materias primas disponibles y puesto que el pueblo carecerá de trabajo y de pan, aprobaremos enormes impuestos a las fortunas, tributos a los ricos de dos tercios, no, de nueve décimas partes de sus propiedades, construiremos una comuna alemana, voluntaria y llena de orden para que Alemania sobreviva.» Eso como mínimo. Y cuando entonces se produjeron las primeras decisiones, cuando se izaron las banderas, tronaron los morteros y anunciaron la marcha victoriosa de nuestro ejército nacional hasta las puertas de París –¿acaso no sentimos entonces algo así como desengaño, desencanto, como si las cosas fueran demasiado bien, demasiado fáciles, como si la ausencia de reacción de nuestros enemigos acabara con nuestro sueños más bellos?

¡No hay de qué preocuparse! Estamos en el inicio, nadie nos hará trampas en esta prueba. Federico, tras todas sus acciones heroicas, estaba a punto de caer cuando una buena fortuna, el cambio en el trono ruso, lo salvó. Y Alemania es, en estos momentos, Federico el Grande. La lucha que llevamos a término, que tenemos el deber de llevar nuevamente a término, es la suya. La coalición ha cambiado un poco, pero es su Europa, esa Europa aliada por el odio que ya no nos soporta, que no está dispuesta a soportarle a él, el rey, y a la que habrá que demostrarle con tenaz minuciosidad, acaso con una minuciosidad de siete años, que no es posible quitarle de en medio. El alma que ha despertado en nosotros es también su alma, esa mezcla, imposible de derrotar, de actividad y de paciencia perseverante, ese radicalismo moral que le hacía aparecer ante los demás odioso y aterrador al mismo tiempo, como un animal extraño y perverso. No sabían que era imprescindible –cómo iban a saberlo ellos, para los que no se trataba de una cuestión de vida o muerte–: esa era su ventaja moral. Tampoco es fácil creer que en la actualidad sean capaces de comprender lo profundo de la tenacidad alemana, –unos se han aburguesado ya mucho, los otros son demasiado zafios e insensibles como para ser capaces de ello. Pero ahora Federico se ha vuelto tan poderoso que también los demás, también ellos, luchan por su vida– y son tres contra uno. ¡No hay de qué preocuparse! Seremos puestos a prueba, la victoria de Alemania será una paradoja, sí, incluso un milagro, una victoria del alma sobre el número –del todo sin parangón. La fe en él está contra toda razón– y el hecho de que Alemania mantenga firme y tranquilamente esa fe es el principio del milagro, algo inolvidable para toda clase de historia. Pero anticipar esa victoria en nuestras almas significaría privarnos de los frutos morales de la lucha, privarnos también de la victoria misma. Para cualquier entendimiento, excepto para nuestro saber más reciente, nuestra situación es más desesperada que la del

propio rey. Estamos en estado de emergencia, en estado de profunda emergencia. Y le damos la bienvenida, porque eso es lo que nos eleva a tal altura.

Federico de Prusia tenía un amigo al que admiraba y despreciaba en la misma medida y que, por su parte, admiraba y odiaba al rey: era François Marie Arouet –de Voltaire, el escritor– gran burgués e hijo del espíritu, padre de la Ilustración y de toda civilización anti-heroica. Lo que éste escribió sobre la guerra en sus «Questions encyclopédiques» divirtió sin duda extraordinariamente al rey y le deleitó dialécticamente. Y entonces se instaló en Sajonia. El rey calificaba a Voltaire, alternativamente, de Febo Apolo y de costoso bufón de corte.

Desde que conozco a ambos los veo como la personificación de la contradicción de la que tratan estas líneas. Voltaire y el rey: son la razón y lo demoníaco, espíritu y genio, árida luminosidad y destino cubierto de nubes, moralidad burguesa y deber heroico; Voltaire y el rey: he aquí el gran ciudadano civil y el gran soldado desde siempre y para todos los tiempos.

Pero, puesto que ante nuestros ojos se concreta esta contradicción en alegorías nacionales, personificadas en las figuras del relevante personaje francés, cuya autoridad sigue manteniéndose, y del rey alemán, cuya alma pervive en todos nosotros más que nunca, dicha contradicción cobra un sentido nacional y una significación manifiesta para la psicología de los pueblos.

Estamos en guerra e inmediatamente fuimos conscientes de cómo nos atañía «esta guerra»: atañía lisa y llanamente a nuestro derecho de ser y actuar. Para nuestros enemigos occidentales no se evidenciaba de manera igualmente natural ninguna fórmula polémica adecuada para conferir a su causa una apariencia digna ante el juicio de los desinteresados y de la historia. ¿Y cuál es la fórmula sobre la que se han puesto de acuerdo y que día tras día lanzan retumbante hasta nosotros como grito de guerra y difamación? Esta guerra, se dice, es un combate entre la *civilización* contra –¿pero contra qué? Francamente, no «contra la barbarie». Eso no resultaría. Podría funcionar en medio del tumulto, pero no con el paso del tiempo. Normalmente se suele preferir la siguiente conclusión: «contra el militarismo».

Pero sucede que esa antítesis: «civilización contra militarismo», naturalmente, no es la causa de la guerra. Ni siquiera es honesta ni cierta, pues la civilización, en su aspecto político, es decir, que la democracia y el militarismo no se excluyen recíprocamente es algo que demuestra o podría demostrar la propia Francia con su ejército nacional. También podríamos preguntar si los ejércitos de Austria e Italia, la gigantesca flota de Inglaterra no son también «militarismo». A lo cual esa civilización ofendida podría responder, como mucho, que el singular y ejemplar militarismo alemán reside en que posee el mejor ejército y, como parece ahora, también la mejor flota –una refutación en la que podría hallarse alguna cosa cierta, aunque habría que decir que en ella se confunde la causa con el efecto o, si se quiere, el síntoma con la enfermedad. La consigna «civilización contra militarismo»– pues de una consigna se trata, al igual que hay consignas

electorales, abreviaturas de la realidad, superficiales, populistas y de apoyo– contiene con todo una profunda verdad; expresa la singularidad internacional y la naturaleza inquietante del alma alemana que, aunque desde luego no es la causa de la guerra, tal vez sea la responsable de haberla hecho posible. Trataremos de comprender cuál es la explicación.

Desde un punto de vista objetivo la afirmación de que Alemania es un país incivilizado o que es menos civilizado que Francia e Inglaterra no deja de ser una afirmación osada y desagradecida. Pues el propio primer ministro inglés ha manifestado recientemente: admitiendo que hay algunas cosas que agradecer tiempo atrás a la cultura alemana, sin embargo últimamente ha destacado sobre todo en la producción de instrumentos de muerte. El mismo señor Asquith sabe bien que eso no es más que palabrería. Lo dice con el propósito de agitar como si la preeminencia de los medios bélicos alemanes no fuera sencillamente la señal de nuestro nivel; como si nuestros hospitales, escuelas, institutos científicos, vapores de lujo y ferrocarriles no fueran tan buenos como nuestros cañones y torpedos; como si nuestra técnica bélica fuera resultado de una hipertrofia de otra clase de fuerzas prácticas y no, más bien, expresión de un elevado nivel general.... ¿Qué es, qué significa «civilización», es algo más que mera palabrería vacía, sobre todo si se recuerda que Alemania con su organización joven y poderosa, su seguridad para los trabajadores, el carácter progresista de todas sus instituciones sociales no es en realidad un estado mucho más moderno que, por ejemplo, la poco limpia república burguesa y plutocrática cuyos capitales aspiran a ser honrados como «Meca de la civilización» todavía hoy –que nuestra social monarquía imperial representa una forma de estado con mucho más futuro que cualquiera de esos parlamentarismos de abogados que, cuando tratan de ser solemnes, vuelven a trillar la paja de 1789? ¿Es que la revolución burguesa tal como la concibe el radicalismo galo no es un callejón sin salida en cuyo final no hay más que anarquía y descomposición y que un pueblo que busca su camino hacia la libertad y la luz debería de sentirse orgulloso de haberla evitado?

Una cosa es cierta: los alemanes no están ni remotamente tan enamorados de la palabra «civilización» como las naciones occidentales vecinas; no acostumbran a hacer aspavientos y fanfarronear al estilo francés ni a servirse de ella con la mojigatería de los ingleses. Siempre han preferido la «cultura» como palabra y como concepto –pero, ¿por qué? Porque esta palabra encierra un contenido netamente humano, mientras que en la otra intuimos una reminiscencia y una trama política que nos desilusiona, que aunque nos parezca relevante y honorable, no nos permite verla como una prioridad; porque este pueblo, el más volcado en lo íntimo, este pueblo de la metafísica, de la pedagogía y de la música es un pueblo no de orientación política, sino *moral*. Por eso es por lo que se ha mostrado más dubitativo y desinteresado en el camino hacia la democracia, hacia la forma de gobierno parlamentaria o incluso hacia el republicanismo que otros –razón por la cual se han sentido obligados a deducir, a creer, y además no sólo

extra muros, que estos alemanes son un pueblo ejemplarmente no revolucionario, en realidad, los menos revolucionarios de todos.... ¡Qué ocurrencia! Como si Lutero y Kant no pesaran mucho más que la Revolución Francesa. Como si la emancipación del individuo respecto a Dios y la crítica de la razón pura no hubiesen supuesto una revolución bastante más radical que la proclamación de los «Derechos Humanos». Pero nuestra naturaleza de soldado está espiritualmente unida a nuestro moralismo, pues mientras otras culturas muestran una tendencia que desciende hasta lo más sutil, hasta el propio arte por adoptar la forma del decoro civil, el militarismo alemán es en realidad la forma y la apariencia de la moralidad alemana.

El alma alemana es demasiado profunda como para que la civilización pudiera ser para ella un concepto elevado o incluso el más elevado. La corrupción y desorden del proceso de aburguesamiento es para ella una atrocidad ridícula. Sufiría horriblemente con los «affaires» parisinos (el último de los cuales ha sido el asunto Caillaux con su farsa judicial correspondiente) –mucho más, evidentemente, de lo que sufre el ánimo francés. Y es esa misma inclinación profunda e instintiva la que opone al ideal pacifista de la civilización: ¿acaso no es la paz el elemento de corrupción civil que encuentra divertida y despreciable? Es belicista por moralidad– no por vanidad o anhelo de gloria o imperialismo. Ni siquiera el último de los grandes moralistas alemanes, Nietzsche (que se autodenominaba, erróneamente, inmoralista) disimulaba sus inclinaciones guerreras, incluso militaristas. Algunos espíritus alemanes han aportado la mayor parte y la más importante a la apología moral de la guerra y sólo un poeta alemán –de nuevo sólo uno entre todos– fue quien pronunció estas palabras:

Pues el ser humano se marchita en la paz
 La calma ociosa es la tumba del valor.
 La ley es amiga de los débiles,
 Quiere allanarlo todo,
 Desearía nivelar el mundo,
 Pero la guerra hace que aflore la fuerza,
 Todo se eleva hasta lo prodigioso,
 Hasta en el cobarde insufla el valor.

Así pues, ¿busca Alemania la guerra? Así pues, ¿ha querido la guerra? No la ha querido. Los mercaderes la han provocado, sin escrúpulos, difamando, pues no saben nada de la guerra, no la sienten ni la comprenden, ¿cómo habrían de sentir respeto ante su santo horror? El pueblo alemán, el único entre todos, demuestra que un pueblo puede ser guerrero y, sin embargo, paciente hasta el extremo, hasta el límite de la humillación, hasta hacer peligrar la propia existencia. El soldado que lo es por moralidad no es un gallo de pelea que alza rápidamente su cresta ni ningún camorrista arrogante e imperioso. Que un pueblo es verda-

deramente guerrero se demuestra, empero, cuando, si la guerra se convierte en su destino, o bien se sacrifica o bien se descompone. La entera virtud y belleza de Alemania –lo hemos visto ahora– tan solo se desarrollan en la guerra. La paz no siempre le sienta bien –en la paz podría llegar a olvidar de vez en cuando lo bella que es. ¿Hay alguien que tema que la solemne lucha que libra en defensa de su magno derecho a la vida podría dañarle en su moral, en su cultura? Alemania surgirá más libre y mejor de ella de lo que era. Pero, ¿acaso no vemos también que los otros, los pueblos caracterizados de civilizados, convierten la guerra en algo sórdido y miserable? ¿Dónde están ahora los escrúpulos de Inglaterra? Miente tanto que nos sentimos hartos de vergüenza por su culpa. ¿Y Francia? ¿Es que su generosidad y humanidad no han acabado sepultadas bajo un delirio de rabia e infame histeria? Mientras a los ojos del soldado la guerra aparece como algo lleno de probidad y honorabilidad, casi como una operación científica, –¿qué ausencia de dignidad, qué desenfreno no oculta la Francia civil mediante esa consigna «C'est la guerre» que todo lo arrasa? Hasta los medios más extremos le parecieron bien para comenzar: la perfidia de los francotiradores y la profanación de los heridos. No hablo de rumores vagos ni de reproches. Me atengo a lo comprobado: a la utilización demostrada de proyectiles ilícitos, a la lista de médicos alemanes caídos, asesinados, a los comunicados oficiales del inspector médico del ejército alemán, a los bandos del propio Alto Mando francés en los que se registran torturas sin freno en el propio país y donde se amenaza con castigarlas. Este rápido embrutecimiento de las tropas responde a un embrutecimiento de la palabra y del espíritu públicos que acaso sea más ignominioso. La censura no permitió que un diario, que había sido bautizado en el nombre del género humano –o de la humanidad– manifestara su disconformidad con los vulgares excesos del *Matin* contra los prisioneros alemanes –¡pues bien, sea! A pesar de todo pudimos leer algunas manifestaciones de espíritus representativos de Francia, de políticos relevantes, de famosos escritores, manifestaciones sobre Alemania tan demenciales, tan penosas que constatamos no sin conmoción: el cerebro de ese pueblo ya no soporta la guerra. ¡En qué ha llegado a convertirse Francia tras sesenta días de guerra! Un pueblo cuyo rostro descompone la guerra de esa forma, hasta lo repulsivo, de un día para otro, ¿sigue teniendo derecho a la guerra? Los franceses fueron en otros tiempos un pueblo guerrero –en un sentido diferente al pueblo alemán, de manera brillante, galante, gloriosa, brava y algo tramposa–, inspirados por ideas de ímpetu juvenil, dirigidos por su demonio personal consiguieron someter al mundo por algún tiempo. Hoy su militarismo no es sino veleidad y vanidad, apenas algo más. Pues la circunstancia de que ahora, cuando junto al Aisne se lucha hasta el fin, se defiendan con sombría tenacidad no es ninguna prueba de que en este pueblo continúe vivo todavía el instinto militar –sobre todo a la vista de tantas señales de lo contrario. Si se es republicano burgués es un contrasentido aferrarse al prestigio militar como durante el Imperio. El pueblo de la lógica– esa misma lógica debería haberles convencido

desde hace mucho tiempo, dado su estado físico y espiritual, de renunciar a lo militar y entregarse por completo a su ideal civil. ¿Quién no habría respetado eso? ¿Quién le habría impedido hacerlo? Tan sólo la vanidad les impidió optar por esa renuncia, tan sólo el hecho insoportable, imposible de asimilar, de que había sido vencido militarmente en el campo de batalla por Alemania, tan sólo la *idée fixe* de la revancha. A fin de llevarla a cabo, el pueblo de la Revolución se alía con el más reprobable de los estados policíacos, –y ahora mira hacia Rusia, pues está en guerra, y confía en los cosacos como en la ayuda divina, pues sabe bien, sabe desde siempre y exactamente que no podrá derrotar a Alemania con sus solas fuerzas. Pero, ¿qué clase de revancha es esa que no puede emprenderse con las propias fuerzas? ¿Es capaz esa clase de revancha de satisfacer su vanidad? Cuando la prensa francesa fantaseaba día tras día sobre las tropas extranjeras que vendrían en su ayuda, que vendrían de todo el mundo, Clemenceau subrayó que, si de lo que se trataba era de defender Francia, éste era un honor que incumbía ante todo a los franceses. Pero ese punto de vista no parecía muy generalizado. Francia se sentirá orgullosa y satisfecha cuando, vencida y ocupada, continúe resistiendo y rechace la paz hasta que, posiblemente, aunque eso no sea ya demasiado probable ahora, los rusos lleguen a través de Alemania. ¿Es eso revancha? ¿Es eso honor de soldados? No, no es nada de eso.

Tampoco es muy propio de soldados, incluso de hombres, exigir revancha durante medio siglo, avanzar por fin hacia la guerra titubeando, llenos de temor para después cubrir el sagrado desencadenamiento de los elementos con ese débil grito de «civilización». Se convierte Reims en una fortaleza, se instalan cañones a la sombra de la catedral, se apostan centinelas en las torres y cuando el enemigo más tarde dispara, se grita con voz de falsete: «¡La civilización!» Pero, en primer lugar, *Messieurs*, la catedral de Reims desde luego no tiene nada que ver con la civilización. Pues es un monumento de la cultura cristiana, un fruto del fanatismo y la superstición y, para la civilización de la Francia jacobina debería ser, si no una espina en el ojo, mirada al menos con profunda indiferencia. Y lo es; y el oficial católico que tuvo que ordenar las descargas tenía sin duda en su sangre mucho más respeto por lo sagrado que los Citoyens para quienes nunca se destruía lo suficiente en interés de la política. Pero, en segundo lugar, vuestra conducta recuerda llamativamente la táctica, desde luego nada estúpida pero poco honorable, de las sufragistas que arrojaban bombas y que, cuando las llevaban presas, ponían el grito en el cielo: «¡Están torturando a mujeres!» Entonces qué pasaba realmente, ¿querían estrangularnos o no? ¿Y es que la dulce Francia no deseaba ardientemente colaborar en ello? Tiene una forma de colocar al adversario del lado de la injusticia, –tan femenina que nos deja sin argumentos. En cada una de sus miradas, de sus proclamas y circulares de su gobierno aparece la misma queja: «¡Qué grosería tan infame levantar la mano contra Francia!» Pero, ¿no era esta misma Francia la que quería lanzar a su ejército imbuido de un espléndido y reforzado espíritu de ofensiva a través de los Vosgos a fin de liquidarnos?

No hay duda, esa nación reivindica para sí el derecho de las damas. Siendo, como es, tan tierno y encantador, el pueblo más absolutamente maravilloso de todos los pueblos puede atreverse a cualquier cosa. Pero si se le toca enseguida manan lágrimas de sus bellos ojos y toda Europa se estremece de indignado sentimiento caballeresco. ¿Qué hacer? No se quiere permitir que vivamos; sin embargo cuando hacemos algo de hincapié en el hecho de que existimos se pone de manifiesto que tenemos una lamentable falta de galantería.

Pero no deja de ser sorprendente que alguien se sorprenda; pues del lado de nuestros enemigos occidentales la guerra ha sido concebida como una especie de vía forzosa para civilizar a Alemania. En la práctica: quieren educarnos. Las manifestaciones de Bernard Shaw: La guerra servirá para hacer que los alemanes olviden Potsdam, se hicieron famosas bien pronto. También hemos leído las observaciones del periodista Robert Dell, que es inglés, aunque viva en un ambiente francés, y que se expresa aún más claramente. Inglaterra y Francia, dice, luchan por la causa de la democracia contra la hegemonía de la violencia y el militarismo. Literalmente: «Lo mejor que podemos desear a Alemania en estos momentos es una derrota que lleve a una revolución contra la tiranía de los Hohenzollern.» Entonces esa Alemania democratizada estaría en condiciones de aliarse contra Rusia. «Tal vez llegue para nosotros el momento en el que nos veamos obligados a defender a Alemania frente a Rusia.» –Después de Tannenberg parece como si Alemania sintiera el honor de defender Europa frente a Rusia sin la ayuda de los señores French y Dell. ¡Pero así queda todo claro, queridos amigos, y desaparece toda amargura! De eso se trata: nos quieren hacer felices. Nos quieren traer la bendición de la desmilitarización y democratización, quieren convertirnos en seres humanos a la fuerza porque nos resistimos—. Hasta qué punto llega la hipocresía, hasta qué punto la estupidez desvergonzada, quién lo diría. El diputado inglés Ponsoby objeta en sus reflexiones que de esa manera se apoya la autocracia rusa, se refuerza el militarismo ruso y, por tanto, se obstaculiza el desarrollo del pueblo ruso. Eso es cierto. Y en el caso de los británicos suele tratarse casi siempre de hipocresía. Pero en el lado francés se trata de arrogancia, más intolerable aún que el delirio, más limitado y tranquilo, de Albión, de ejercer el papel de árbitro. Francia es tan vanidosa, está tan incurablemente fanatizada y embebida en sí misma que, a pesar de la anarquía, el marasmo y su atraso sigue creyendo hoy en día que es la campeona, la portadora y difusora de ideas bienhechoras de la humanidad. Su forma de racionalidad la fuerza a creer que un pueblo se halla en un estadio más elevado, noble y libre si es representado por un abogado ambicioso y gobernado por un parlamento en vez de serlo por un monarca vestido de soldado. Un diario español que encontraba demasiado estúpida toda esa charlatanería sobre la barbarie alemana ha publicado recientemente la cifra de colegios alemanes, escuelas superiores y universidades junto a los datos comparados de Francia e Inglaterra. Añadía una exposición sobre las sumas invertidas en arte y ciencia, después la relación porcentual de analfabetos y delitos graves de los tres estados

deduciendo que la balanza se inclinaba en todos los casos del lado alemán. ¿Qué puede inferirse de ello? Sin duda puede inferirse que esta Alemania indescifrable puede enorgullecerse de gozar de la formación más moderna y sólida de todos los países; con todo, el espíritu, la carencia de espíritu, los principios de los que nace dicha superioridad siguen siendo bárbaros. Pero tras perder la primera batalla, en opinión de Robert Dell, en cuya cabeza se mezclan trabajosamente el hipócrita humanitarismo inglés con la ingenuidad de damisela de Francia, tras la segunda derrota como mucho, Alemania pondrá en marcha la revolución, depondrá a «los Hohenzollern», adoptará el racionalismo y se convertirá en el futuro en un pueblo comprensible y comprensivo, sin enigmas ni sombras inquietantes para sus decentes coetáneos. Eso es lo que opina. Cree completamente en serio que Alemania ha de llegar a la revolución y a la democratización a través de una derrota – no entiende que el carácter político de nuestra libertad burguesa, ya iniciada, ya en camino, sólo puede completarse ahora en la paz tras la victoria, una victoria de Alemania entendida como consecuencia de la historia y acorde con las leyes espirituales alemanas – no con las radicales de Francia; que una derrota alemana sería el único medio de retrotraernos a nosotros y a Europa a la civilización; que tras una derrota de esa clase Europa no tendría calma ni paz ante el «militarismo alemán», hasta que Alemania volviera a estar donde estaba antes de esta guerra; que, a la inversa, sólo la victoria de Alemania garantiza la paz de Europa. No se quiere entender. Sólo se ve en el carácter alemán una barbarie cuya fuerza ha de ser quebrantada violentamente y sin reparar en los medios. Crean tener derecho a soltar en Alemania a los kirguises, japoneses, gurkas y hotentotes, –una ofensa sin parangón, monstruosa y que sólo ha sido posible debido a la ignorancia, *ilícita* en el sentido más fuerte de la palabra, sobre Alemania que destila cada una de las palabras de los Bergson, Maeterlinck, Rolland y Richepin, de los Deschanel, Pichon y Churchill, pero que habla por sí misma más escandalosamente aún en todos sus insolentes libelos. Tal ignorancia acerca del pueblo más importante de la Europa actual no es permisible, es punible y ha de ser vengada. Pero sobre todo, ¿por qué es incontestable la victoria de Alemania? Pues porque la historia no está ahí para coronar la ignorancia y el error.

¿Quién negaría que el carácter alemán es dolorosamente problemático! No es sencillo ser alemán, –ni tan cómodo como ser inglés, ni de lejos tan agradable y distinguido como vivir al modo francés. El pueblo es duro consigo mismo, se encuentra problemático, en ocasiones padece consigo mismo hasta la náusea; pero pese a todo, tanto entre los individuos como entre los pueblos, los más valiosos eran aquellos que más dificultades soportaban y aquel que aspire a que el carácter alemán desaparezca de la tierra en beneficio de la *humanité* y la *raison* o incluso del *cant*, peca.

Es cierto: el alma alemana tiene algo de profundo e irracional, cosa que resulta perturbadora, inquietante, ajena, sí, incluso hostil y salvaje para la sensibilidad y el juicio de otros pueblos más superficiales. Es su «militarismo», su conserva-

durismo moral, su moralidad de soldado, –un elemento de lo demoníaco y heroico, el que se opone a reconocer el espíritu civil como el último ideal y el más digno del ser humano. Este pueblo es grande también en el terreno de la moral– tan sólo una ignorancia ridícula lo negaría. Pero no quiere *abandonarse* a la moral y no es de su gusto hacer mucho ruido hipócrita o vanidoso sobre la civilización. Es, verdaderamente, el pueblo más desconocido de Europa, ya sea porque resulta muy difícil de conocer, ya sea porque la negligencia y arrogancia impidieron a sus vecinos burgueses esforzarse por conocer a Alemania. Pero ha de existir ese conocimiento, la vida y la historia insisten en ello y demostrarán que es inviable negar por la fuerza, por zafia ignorancia, el carácter absolutamente indispensable y lleno de significación de este pueblo. Queréis asfixiarnos, estrangularnos, borrarlos, pero Alemania, ya lo veis, defenderá su profundo y odiado yo como un león, y el resultado de vuestra maquinación será que os veréis obligados para vuestra sorpresa a estudiarnos.

Traducción de Elisa Renau

.....
THOMAS MANN publicó el presente escrito en la revista *Der Neue Rundschau*, año XXV, n° 11 (noviembre de 1914). Está incluido en sus *Politische Schriften und Reden*, Band 2, Fischer Bücherei, 1968. © Fischer Verlag.